

# REGIONALISMO, PARTIDISMO Y EXPANSIONISMO. LA POLÍTICA INTERNA DE ESTADOS UNIDOS DURANTE LA GUERRA CONTRA MÉXICO

Jesús VELASCO MÁRQUEZ  
*Instituto Tecnológico Autónomo de México*

## INTRODUCCIÓN

HACE 150 AÑOS TUVO LUGAR EL ACONTECIMIENTO más trascendental de la historia de las relaciones entre México y Estados Unidos. Entonces, los dos jóvenes países se vieron involucrados en un conflicto bélico, que dejó huellas indelebles en la historia de cada uno y en sus relaciones posteriores. Este acontecimiento ha sido objeto de diversos estudios y enfoques para explicar sus causas y efectos. En ambos países se han analizado las condiciones internas que incidieron en esta guerra, y estudiado las acciones individuales de sus principales dirigentes y se han examinado los sinuosos derroteros de los laberintos diplomáticos. Sin duda todo esto ha contribuido a aproximarnos a una comprensión más justa de este acontecimiento. Pero como en historia nunca está dicha la última palabra, en todos estos estudios existen dudas no aclaradas, interpretaciones parciales, o bien, deformaciones intencionadas o producto de fuentes ignoradas. Asimismo, nuevos instrumentos teóricos y metodológicos han obligado a revalorar estudios que parecían haber alcanzado rangos aceptables de equilibrio interpretativo y veracidad.

En este caso particular, los modelos teóricos para el estudio de las relaciones internacionales han ayudado significativamente a reenfocar el análisis de la historia di-

plomática, a partir de tres elementos fundamentales: primero, el examen de los problemas domésticos de los países involucrados; segundo, los proyectos de desarrollo planteados por sus gobiernos y líderes políticos, y tercero, las condiciones internacionales que circundan a los países en un momento dado. Dentro de este enfoque, se reconoce que los gobiernos son sólo un actor más en la formulación y ejecución de la política exterior, y no el único. Así, además de los órganos de poder público, también intervienen las sociedades —con sus percepciones, aspiraciones económicas y políticas y bagajes culturales— y sus organizaciones —grupos de presión, facciones ideológicas y partidos políticos.

A partir de este marco de análisis el presente ensayo se orienta a examinar las condiciones internas en Estados Unidos que condujeron a la guerra contra México. Cabe aclarar que esta pretensión no es novedosa. La historiografía estadounidense nos marca un punto de partida. Los ensayos y las obras que se escribieron durante e inmediatamente después de la guerra enfatizaron los intereses de las regiones o de los partidos, y estas explicaciones a su vez fueron un reflejo del debate que se generó en los recintos del Poder Legislativo federal, en las asambleas populares de las comunidades y en la prensa. No obstante, en las obras que hasta la fecha se han escrito sobre el tema se ha privilegiado responsabilizar a una región, a un sector social o a un partido político, más que hacer un análisis mayormente comprensivo de la realidad estadounidense. Lo cual ha conducido a la controversia y no a la explicación, o bien las explicaciones han sido parciales.<sup>1</sup> Además, todos los autores estadounidenses han presupuesto que su país constituía, para la década de 1840, tanto un Estado como una nación con objetivos claramente definidos, domésticos e internacionales. Y según sea la interpretación de cuáles eran esos objetivos se ha responsabilizado o exculpado a los protagonistas sociales o individuales que participaron en el conflicto.

En lo que respecta a los mexicanos, la pregunta es ¿por qué es relevante conocer los factores que en el interior de

<sup>1</sup>VELASCO MÁRQUEZ y BENJAMIN, 1994, pp. 115-129.

Estados Unidos condujeron a la guerra? La primera respuesta es que de no tener una cabal comprensión de lo que aconteció en este aspecto, sólo podremos tener una visión parcial de la guerra. Asimismo, a lo largo de la historia de las relaciones bilaterales, se ha podido comprobar que los problemas fundamentales de éstas han surgido de las dificultades internas de cada uno de ellos. Y en el marco de la asimetría, que siempre ha estado presente, éste ha conducido a que los problemas de Estados Unidos acaben impactando en México con una mayor frecuencia. Por lo tanto, se puede afirmar que además de una historia diplomática, en el caso de México y Estados Unidos hay, además, una historia común, una especie de traslape, que ha sido más evidente en periodos en los que ambos países han experimentado crisis internas. Dentro de este desarrollo, la guerra tiene un lugar por demás importante ya que dejó huellas indelebles. Las más evidentes y materiales están en la línea fronteriza; pero también, aunque en forma menos perceptible, se encuentran en las percepciones propias y recíprocas. La guerra aun proyecta su sombra en nuestros días.

#### SECCIONALISMO, PARTIDISMO Y EXPANSIONISMO

En la historia de Estados Unidos, de 1774-1850, generalmente se resalta el crecimiento de una nación asertiva que llegó a ser potencia continental. Este punto de vista enfatiza la búsqueda de la democracia y la reforma social, el incremento de su población, el crecimiento de su economía y el ensanchamiento de su territorio. Sin embargo, sin negar estas características, también se puede apreciar la historia de un país joven e inseguro que trataba de consolidarse. Desde esta perspectiva se puede resaltar la agudización de las divergencias regionales respecto al proyecto de nación y por ende las constantes amenazas y riesgos de secesión, que finalmente conducirían a la guerra civil. Lo que hace muy confuso el estudio de este periodo de la historia estadounidense, es que Estados Unidos aparece, casi

desde el principio de su vida independiente, como un Estado bien concebido y organizado, pero al mismo tiempo como una nación muy débil.

En 1789 la Constitución de Estados Unidos fue ratificada y los primeros órganos del gobierno federal fueron conformados de acuerdo con ésta. Estos acontecimientos implicaron que “una unión más perfecta” había sido establecida. Esta unión fue posible porque existía consenso en un punto sumamente importante: la ideología del liberalismo. La sociedad estadounidense era liberal aun antes de que ésta fuera formulada como doctrina política y económica. Así, sus principios fueron asimilados fácilmente porque ellos enfatizaban el interés individual como una meta legítima, y reafirmaban la diversidad y competencia. A partir de entonces, “el nacionalismo estadounidense se ha definido más en términos políticos que orgánicos; las ideas políticas del Credo Americano han sido las bases de la identidad nacional”.<sup>2</sup> No obstante, desde los primeros intentos de conformación del Estado, primero bajo los artículos de la Confederación y después bajo la Constitución de 1787, los intereses regionales y aun locales, que se habían generado durante el periodo colonial, se hicieron patentes. La negociación de ambos documentos fue ardua y su ratificación mucho más. De hecho, Estados Unidos nació más como el producto de negociación y avenimiento de intereses regionales y particulares, que como la expresión de una voluntad colectiva. Y estos dos mecanismos —negociación y avenimiento— serían claves para mantener la precaria unidad que se logró hasta la guerra civil.

Entre 1789-1840, la federación estadounidense se fue conformando en tres grandes regiones con características socioeconómicas propias. El norte, desde la consumación de la independencia, se perfiló como una región con potencial industrial propio y poco a poco se fue consolidando en ese sentido, sobre todo después de la guerra de 1812. Allí, además, se concentraría la mayor inversión en el desarrollo de vías de comunicación y los flujos migratorios de la

<sup>2</sup>HUNTINGTON, 1981, p. 23.

época. El sur, por el contrario, se afianzó como región agrícola orientada a la exportación del algodón, cultivo que fue rentable después de la invención de la despepitadora, por Eli Whitney, de este vegetal, y por la creciente demanda en Europa de ese producto; este fenómeno reafirmó la esclavitud negra en la región. Para 1820, el territorio del valle del río Ohio se había poblado y el cultivo del algodón se había extendido en su parte meridional, mientras que en la parte norte predominó la producción de cereales y ganado en granjas familiares. Aunque en el interior de estas tres regiones hubo variantes locales en las estructuras social y económica, se puede distinguir que en la primera dominaron los intereses industriales y financieros, en la segunda, la de los grandes hacendados y en la tercera, la de los llamados "pioneros".<sup>3</sup>

Cuatro temas dominaron el debate entre los intereses regionales: la esclavitud, los aranceles, el financiamiento federal a la construcción de vías de comunicación y el precio de las tierras públicas. Y de éstos, los dos primeros fueron los que mayor impacto tuvieron como fuerzas disruptoras del federalismo estadounidense. Entre 1819-1821, con motivo de la admisión de Missouri a la federación, se puso de relieve que la expansión del sistema esclavista en los territorios del oeste era ya un tema central de conflicto regional. Por su parte, las leyes arancelarias de 1828 y 1832, producirían el movimiento "Nulificador", en el estado de Carolina del Sur, el cual no sólo evidenció la rivalidad regional y las divergencias en la concepción del federalismo, también anunció la posibilidad de una secesión. Sin embargo, en ambos casos, se encontraron soluciones negociadas y avenimientos que momentáneamente salvaron al Estado federativo de Estados Unidos.

Los intereses regionales también se manifestaron en las divergencias sobre la concepción del Estado. En 1790, con motivo de las medidas económicas propuestas por el secretario del Tesoro del gobierno de Washington, Alexander Hamilton, se dio el primer debate sobre la interpretación

<sup>3</sup>JACKSON TURNER, 1935, p. 379.

de la Constitución, entre Hamilton y Thomas Jefferson, quien ocupaba la cartera del Departamento de Estado. El punto culminante de la polémica se centró en la constitucionalidad de la ley federal que creaba el banco de Estados Unidos. El resultado fue que mientras Hamilton sostuvo el principio de la "interpretación flexible de la Constitución", Jefferson mantuvo el de la "construcción estricta". Implícito en este debate estaba el de si la Constitución había sido conformada por la voluntad colectiva de los ciudadanos —y, por lo tanto, la soberanía estatal había quedado subordinada a la nacional— de acuerdo con la argumentación de Hamilton; o bien si ésta era el resultado de la cesión de una parte de las soberanías originales de los estados, bajo un principio contractual, de acuerdo con la opinión de Jefferson. Este debate condujo a la aparición formal, en 1793, del primer sistema de partidos políticos en los estados, con la renuncia de Jefferson al gabinete de Washington. Unidos, Jefferson y Madison organizaron el Partido Republicano —más tarde Demócrata-Republicano— y Hamilton y John Quincy Adams el Partido Federalista.

Aunque el origen de ambos partidos estuvo en diferencias ideológicas y políticas, no por ello dejaron de desempeñar un papel importante los intereses regionales. Las bases populares del Partido Demócrata-Republicano estuvieron en los agricultores del sur y del oeste, pero también logró atraer el apoyo de los trabajadores y artesanos de los centros urbanos del este. Por su parte, el Partido Federalista, se convirtió casi exclusivamente en el de los intereses industriales, comerciales y financieros del este, aunque de igual manera logró atraer ciertos intereses del oeste, principalmente, a los especuladores de tierras. Así, ambos se convirtieron en organizaciones políticas nacionales.<sup>4</sup>

A partir de la elección de 1801, con el ascenso a la presidencia de Thomas Jefferson, el Partido Federalista inició su descenso. Los jeffersonianos, una vez en el poder, asimilaron parte de las propuestas de sus opositores y además, lograron movilizar a la mayoría de la población, principal-

<sup>4</sup> MILLER, 1960, pp. 84 y ss.

mente a través del estímulo que significaba el ejercicio del derecho al sufragio. Los federalistas, con sus temores a una democracia popular, se fueron convirtiendo en un partido de sectores económicamente poderosos, pero minoritarios; además, cometerían el grave error de oponerse a la guerra de 1812, contra Gran Bretaña, y durante ésta al haber sugerido la posibilidad de separar de la unión a los estados de Nueva Inglaterra, durante la Convención de Hartford en 1814. Esta equivocación, la recordarían sus herederos, el Partido *Whig*, durante la guerra contra México, y por supuesto tratarían de no volverla a cometer.

Con el fin de la guerra de 1812 y la elección de James Monroe en 1817 y hasta 1828, el bipartidismo desapareció temporalmente. Ante la amenaza externa —real o percibida— que produjo la guerra contra Gran Bretaña, los intereses regionales parecieron conducir a una “era de buenos sentimientos”.<sup>5</sup> No obstante, la elección de John Quincy Adams, en 1824, y la propuesta del programa de Henry Clay denominado el “Sistema Americano”, que rescataba algunas de las propuestas de Hamilton, entre ellas la elevación de los aranceles y el financiamiento federal de obras públicas, volvió a revivir el partidismo, precisamente porque también rescataba intereses regionales.<sup>6</sup> El catalizador del resurgimiento bipartidista fue Andrew Jackson, quien con una propuesta a medio camino entre populismo y elitismo acabó por antagonizar los intereses regionales y sociales. Al término de su gestión presidencial ya se habían redefinido dos nuevos partidos: el Demócrata y el *Whig*. El primero, constituía una frágil alianza de intereses, entre éstos estaban el sector agrícola del sur y del oeste y los trabajadores del norte. Su alianza fue más el resultado de una retórica populista que de un programa o de una ideología específica. El segundo, fue mucho más consistente en cuanto a las ideas de crear un sistema que política y económicamente integrara a la nación; no obstante, su base popular fue, otra vez limitada,

<sup>5</sup> DANGERFIELD, 1952, pp. 95 y ss.

<sup>6</sup> McCORMICK, 1966, p. 3.

y sus apoyos regionales más reducidos, pues se concentraron, fundamentalmente, en el norte y algunas regiones del oeste.

Una característica importante de los partidos Demócrata y *Whig*, entre 1824-1850, fue el protagonismo de dirigentes regionales en cada uno de ellos, que desempeñaron un papel importante tanto para formar coaliciones en el interior de cada partido o con la oposición. Estos líderes partidistas constituyeron la primera generación de políticos que no participaron activamente ya fuera en la independencia o en el periodo de creación del Estado; la mayoría de ellos adquirieron prominencia como diputados de la 12a. Legislatura, con un programa agresivamente nacionalista, frente a supuestas violaciones por parte de Gran Bretaña a la seguridad y los intereses de Estados Unidos. Empero, algunos de ellos, al paso del tiempo, se movieron hacia la defensa de los intereses regionales. Entre éstos estuvieron John Quincy Adams y Daniel Webster quienes para la década de 1840 se identificaron plenamente con los intereses del norte y formaron parte de la dirigencia del Partido *Whig*. Dentro del Partido Demócrata destacó John C. Calhoun, quien terminó por ser el más acérrimo defensor de los intereses sureños. Otra característica importante fue que estos dirigentes fueron causantes de fracturas en el interior de sus partidos; por ejemplo, la rivalidad entre Calhoun y Martín van Buren, en el Partido Demócrata, causó escisiones, ya que el primero privilegiaba los intereses sureños, mientras que el segundo los del norte.

Algo similar aconteció entre los *whigs*, en los casos de Daniel Webster y Henry Clay, ya que el primero controlaba la organización partidista en el norte y el otro en el oeste. Evidentemente todos ellos había hecho de la actividad política su objetivo último, por ello sus ambiciones personales fueron también un factor desestabilizador y de agudizamiento de las rivalidades regionales. Así, al iniciarse la década de 1840, los grandes partidos políticos, aunque todavía mantenían apoyos en todas las regiones, empezaron a dar muestras de descomposición interna y polarización regional. De hecho, estos partidos políticos al

extenderse a todas las regiones “crearon influencias nacionalizadoras que normalmente funcionaban como ligas elásticas, manteniendo unidas a las regiones, pero en años de tensiones especiales cedían a las demandas fundamentales de las regiones”.<sup>7</sup>

Una de las funciones valiosas de los partidos políticos y sus dirigentes, para la estabilidad política de Estados Unidos, fueron los vehículos institucionales para negociar las divergencias regionales y encontrar puntos de avenimiento. Pero ciertamente, toda negociación siempre deja espacios para el descontento de aquellas demandas que no pueden ser plenamente satisfechas. De éstas surgirían los llamados “Terceros Partidos”, los que fueron importantes porque pudieron inclinar la balanza a favor o en contra de los principales partidos. Entre éstos estuvo el Partido de la Libertad, que mantuvo una propuesta a favor de la abolición de la esclavitud y el Partido de Tierras Libres que se opuso a la expansión de la esclavitud hacia los territorios del oeste. El primero, afectaría inicialmente al Partido *Whig*, y el segundo, sería un elemento disruptor de la precaria unidad del Partido Demócrata. En resumen, la temprana aparición de los partidos políticos fue un factor importante para controlar los conflictos derivados de los intereses regionales, pero al mismo tiempo también fueron producto, y presa de éstos.

El expansionismo estadounidense, durante la primera mitad del siglo XIX, fue otra de las características distintivas de ese país; entre 1790-1848 su extensión territorial pasó de 2301 000 a 5 525 959 km<sup>2</sup>. La movilidad horizontal de la sociedad estadounidense fue uno de los factores determinantes de este fenómeno, pero también desempeñaron un papel importante los ciclos económicos; las crisis de 1819 y de 1837 obligaron a muchos residentes de los estados del medio oeste a trasladarse a Texas, en el caso de la primera, y a Oregon y California en el de la segunda.

Las presiones expansionistas, al igual que el surgimiento de los partidos políticos tuvieron un doble efecto: por

<sup>7</sup>JACKSON TURNER, 1935, p. 380.

una parte, fueron en ocasiones, un factor de unidad y momentánea exaltación nacionalista; pero, por otra parte, fueron también un factor de debate y confrontación regionales. Por ello, y aunado a la progresiva democratización de las instituciones gubernamentales, el expansionismo se convirtió en una parte sustancial de la agenda de los políticos estadounidenses.

En la historia de la expansión territorial de Estados Unidos se pueden distinguir dos etapas. La primera, se genera en la segunda mitad del siglo XVIII y culmina con la firma del Tratado Adams-Onís en 1819. Durante ésta, se incorporó primero el territorio comprendido entre las montañas Apalaches y el río Misisipí, cedido por Gran Bretaña al término de la guerra de independencia en 1783. Después, se añadió el territorio de Luisiana, comprado a Francia en 1803, y finalmente, el territorio de Florida por medio del Tratado de 1819. Esta primera fase estuvo justificada principalmente por la política de aislamiento internacional, que desde 1796 había anunciado George Washington en la búsqueda de una seguridad territorial, y en el deseo de Thomas Jefferson de consolidar una democracia agraria. Asimismo, debe añadirse también la búsqueda de la ampliación y protección del comercio, lo que repercutiría en enfrentamientos con las potencias marítimas europeas de esos años, principalmente, con Gran Bretaña. De aquí surgiría el primer conflicto bélico en el que se involucraría Estados Unidos, la guerra de 1812. Durante ésta, se expuso, por primera vez un agresivo programa expansionista basado en la conquista u ocupación forzada de territorio ajeno y ya no sólo a través de la negociación o la compra. Este programa pretendía la ocupación de lo que hoy es el territorio oriental de Canadá y la península de Florida. Además, fue la primera vez que el expansionismo fue usado como bandera de un precario nacionalismo, aunque también acabó produciendo conflictos entre los intereses regionales; incluso se llegó a plantear la posibilidad de una secesión.<sup>8</sup>

<sup>8</sup>PRATT, 1925.

Los objetivos expansionistas de la guerra no se consiguieron con el Tratado de Gante de 1814, pero esto no impidió que se mantuvieran y se reafirmaran en términos de seguridad nacional.<sup>9</sup> En el caso de la frontera norte, la pretensión de anexar Canadá se limitó a fijar la frontera. En este sentido tanto el Acuerdo Rush-Bagot de 1817, como la Convención de 1818, lograron parte de los objetivos; sobre todo la segunda, ya que permitía la ocupación conjunta del territorio de Oregon. En lo que respecta a la frontera sur, los afanes expansionistas sí lograron parte de sus objetivos en la negociación con España, para establecer la frontera entre Estados Unidos y la Nueva España, que culminó con el Tratado de 1819. Con éste Estados Unidos obtuvo la península de Florida y consiguió la posesión legal de la región costera del golfo de México, entre el río Misisipí y la península de Florida, territorio que habían ocupado ciudadanos estadounidenses e invadido sus fuerzas militares, antes de la negociación. Además, con este tratado Estados Unidos obtendría un argumento más para reclamar Oregon ya que España les cedía sus derechos sobre ese territorio.<sup>10</sup>

Entre 1821-1844 —o sea entre la ratificación del Tratado Adams-Onís y la negociación con Texas para ser anexada a Estados Unidos— se detuvo la política de expansión territorial; aunque esto no quiere decir que se haya detenido el movimiento de la población estadounidense al territorio ya perteneciente a México o en disputa con Gran Bretaña. Las causas de este momentáneo hiato fueron el agudizamiento de los conflictos secesionistas, así como de los conflictos entre e intrapartidistas. Varios acontecimientos fueron particularmente importantes. En 1819, al tiempo que tenían lugar las negociaciones con España, se iniciaba el debate en el Congreso sobre la admisión de Missouri y la extensión de la esclavitud al oeste. Para 1824, las elecciones presidenciales eran denunciadas como el producto de un “corrupto regateo”, y en 1828, con motivo del

<sup>9</sup> CHANCE y CARR, 1988, pp. 37 y 38.

<sup>10</sup> JONES, 1988, vol. 1, p. 108.

llamado “arancel de las abominaciones”, Calhoun proponía la posibilidad de que un estado de la federación desobedeciera una ley federal. Con base en esta teoría, en 1832, Carolina de Sur declaraba nula en su territorio la ley arancelaria de ese año. Al finalizar la década, además, el abolicionismo dejó de ser un movimiento humanitario y se convirtió en un movimiento político que se fundaría, en 1839, como el Partido de la Libertad.

Sin embargo, en la siguiente década volvería a resurgir la política de expansión con la misma vehemencia y agresividad que había tenido durante la guerra de 1812. La diferencia fue que la tónica nacionalista fue más efímera y débil. En realidad este nuevo impulso expansionista no fue tanto por la percepción de una amenaza externa —aunque sí éste se usó como una justificación— sino la de buscar, en la adquisición o conquista de territorio, una solución a los problemas derivados de la confrontación de intereses regionales que amenazaban la supervivencia de la federación estadounidense. También era un recurso para superar la crisis de fragmentación partidista, sobre todo en el seno del Partido Demócrata. En consecuencia, la anexión de Texas, la conquista de territorio mexicano y la adquisición de parte de Oregon fueron parte del conflicto regionalista de Estados Unidos y de la precaria habilidad unificadora de los principales partidos políticos en ese momento.

#### LA GUERRA CONTRA MÉXICO

Un somero repaso de las actitudes adoptadas por algunos de los más prominentes líderes políticos estadounidenses en las décadas de 1820-1840, nos proporciona una imagen inicial de la complejidad que significó la vinculación entre regionalismo, partidismo y expansionismo.

Entre los miembros del Partido *Whig*, John Quincy Adams, como secretario de Estado durante la presidencia de James Monroe, fue un agresivo expansionista que trató de forzar la adquisición de Texas, al negociar con España los límites entre la Nueva España y Estados Unidos;

posteriormente, cuando ocupó la presidencia, insistió en adquirir ese territorio; no obstante, en 1844, se opuso vehementemente contra ella, pero, en 1846, cuando se planteó la posibilidad de que se llegara a un avenimiento con Gran Bretaña respecto al territorio de Oregon, retomó su postura de intransigente expansionista. Henry Clay, como dirigente de la Cámara de Representantes en 1821, denunció que no se hubiera incorporado a Texas en el Tratado de 1819 y luego como secretario de Estado de Adams instruyó a Joel R. Poinsett para que sondeara la posibilidad de que México lo cediera a Estados Unidos; luego, en 1844, al ser nominado como candidato a la presidencia, adoptó una posición cautelosa y contradictoria sobre su anexión. Daniel Webster, tal vez el menos expansionista de los dirigentes políticos de esa época, durante su gestión como secretario de Estado trató de involucrar a Gran Bretaña para que México cediera la bahía de San Francisco, a cambio de llegar a un arreglo respecto al territorio de Oregon, y aunque siempre mantuvo interés en California no daría un apoyo abierto a la anexión de Texas, a la guerra contra México y los objetivos de conquista de ésta.

Entre los miembros del Partido Demócrata, Andrew Jackson, el más agresivo expansionista de su tiempo, siempre mantuvo interés en la adquisición de Texas y California; sin embargo, durante su presidencia se contentó con declarar la neutralidad de su gobierno ante la separación de Texas de México, sin aceptar las reiteradas peticiones de los texanos por anexarse a Estados Unidos; aunque en 1844, ya retirado de la política activa y a punto de morir, retomó su retórica expansionista. Su primer secretario de Estado, Martin van Buren, asimismo, compartió el interés en adquirir Texas y California de México y así lo dejó en claro en las instrucciones de Anthony Butler, aunque al asumir la presidencia se negó a llevar a cabo la anexión de Texas y después como precandidato en 1844, se pronunciaría contra ella. Por último, John C. Calhoun que inició su carrera política como uno de los "halcones de guerra" durante la guerra de 1812, con un proyecto abiertamente expansionista, después sería, como tercer secre-

tario de Estado de John Tyler, el arquitecto de la anexión de Texas. Respecto a Oregon mantuvo una postura cautelosa y, pocos meses después, al retornar al Congreso como senador por Carolina del Sur, se convirtió en un acérrimo crítico de la guerra contra México y de los objetivos que perseguía el presidente Polk.

Ante la veleidad de la mayoría de estas posiciones de los líderes políticos el interrogante es: ¿a qué respondía ésta? Si se rechaza, aunque sea parcialmente, el capricho personal, nos enfrentamos al problema de que algo había en las condiciones internas de Estados Unidos que conducían a que las posiciones en su política exterior cambiaran con extraordinaria rapidez, ante lo que resultaron sorprendidos, aun los más astutos políticos de México y Europa. Después de todo, como afirmó por aquellos años Alexis de Tocqueville: “[...] en la dirección de los intereses exteriores [...] es donde [...] los gobiernos democráticos son decididamente inferiores a los demás”.<sup>11</sup>

La “cuestión de Texas” fue el inicio del problema. Una de las demandas del gobierno de Monroe, en las negociaciones con España, consideraba a Texas como parte del territorio adquirido en la compra de Luisiana. De esta manera, Estados Unidos propuso inicialmente delimitar el río Bravo como frontera sur con la Nueva España. Sin embargo, a lo largo de las negociaciones, el secretario de Estado, John Quincy Adams, por instrucciones del presidente Monroe, abandonó tal pretensión. Tanto el presidente, como los miembros de su gabinete, temían que la inclusión de Texas no sólo pudiera afectar las negociaciones sobre Florida, sino que también tuviera serias repercusiones sobre el equilibrio regional. En una carta dirigida al general Andrew Jackson, Monroe afirmó: “Teniendo conocimiento desde hace tiempo de la repugnancia con que la porción Este de nuestra Unión ha visto el agrandamiento del Oeste y del Sur, ha sido de la opinión que debemos estar satisfechos, por el momento, con Florida”.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> TOCQUEVILLE, 1963, p. 239.

<sup>12</sup> SHURZ, 1899, vol. 1, p. 164.

La explicación a este comentario estriba en que, mientras se conducían las negociaciones, en el Congreso de Estados Unidos se debatía la admisión de Missouri a la Unión, como estado esclavista y esto venía a “trastornar el delicado equilibrio entre los estados libres y los esclavistas en el Senado”.<sup>13</sup> Sin embargo, el abandono temporal de Texas fue objeto de reclamaciones de algunos políticos del suroeste, entre ellos el más vociferante fue Henry Clay, el mismo que diseñó el arreglo conocido como el “Avenimiento de Missouri”, con el cual trató de superar el problema regional de la expansión de la esclavitud. Él, en marzo de 1820, durante los debates sobre la ratificación del Tratado Adams-Onís, propuso dos resoluciones condenándolo, y en una de ellas afirmó que “Texas valía diez Floridas”.<sup>14</sup>

Para entonces, existía en el Senado un equilibrio entre estados esclavistas y estados libres: de los 22 estados de la Unión, once eran esclavistas y once no lo eran. Sin embargo, en la Cámara de Representantes el sur sólo contaba con 81 escaños, contra 105 del norte, y las tendencias de crecimiento demográfico favorecían a la segunda región. Por lo que era previsible una reducción de la influencia política sureña y esclavista no sólo en el Poder Legislativo federal, también en la elección del Ejecutivo, ya que la región perdería votos electorales.

Por esos mismos años se inició la colonización estadounidense de Texas, estimulada por las condiciones económicas en Estados Unidos y por los compromisos adquiridos por España en el Tratado de 1819, así como por la generosa política de los primeros gobiernos mexicanos. El proyecto de colonización por parte de México, resultó ser una utopía plagada de errores,<sup>15</sup> en gran parte derivados de la inestabilidad política e institucional del país. Los texanos, de hecho, no sólo mantuvieron contacto con su país de origen, sino que poco a poco lo estrecharon más. En estas condiciones la pretensión de Estados Unidos a ese territo-

<sup>13</sup> JONES, 1988, p. 107.

<sup>14</sup> JONES, 1988, p. 107.

<sup>15</sup> VÁZQUEZ y MEYER, 1989, p. 39.

rio contó con un factor más a su favor. De hecho, el primer ministro estadounidense en México, Joel R. Poinsett fue instruido por el presidente Adams y por el secretario de Estado, Clay, para hacer una oferta de compra al gobierno mexicano, por un millón de dólares. Ambos personajes, como se ha visto, habían expuesto su interés en ese estado con anterioridad. Sin embargo, la acción de Poinsett no pasó de ser sólo una sugerencia<sup>16</sup> ya que otros asuntos, principalmente el de negociar un tratado de comercio, fueron prioritarios. En ello, además, hay que considerar que tanto Adams como Clay estaban en ese momento en abierto conflicto con los líderes sureños, principalmente, con Andrew Jackson y John C. Calhoun. En primer lugar, Jackson acusaba a Adams y Clay de que éstos le habían robado la elección en 1824, por medio de un "regateo corrupto". En el segundo, este gobierno trataba de impulsar el proyecto de Clay denominado el "Sistema Americano", en el cual se retomaban tres de los puntos principales de la agenda que Alexander Hamilton había tratado de impulsar en los primeros años de la República: elevación de aranceles, financiamiento público de construcción de vías de comunicación y mantenimiento del banco de Estados Unidos. Estos puntos eran rechazados por el sur. Además, tanto para Adams como Clay, extender el comercio de su país era más importante que expandir su territorio.

El arribo de Andrew Jackson a la presidencia no sólo significó el resurgimiento de la lucha partidista al conformarse el Partido *Whig*, sino también el del expansionismo. El programa jacksoniano significó un nuevo impulso hacia la democracia que tuvo tono populista y sesgo regionalista a favor de las demandas de los habitantes del oeste. Con ello acabo por confrontar a los intereses del norte, principalmente por el retiro de los fondos federales del banco de Estados Unidos, y con el sur por la aprobación del arancel de 1832. Pero además, durante esos años se inició la campaña de William Lloyd Garrison por la abolición y John Quincy Adams regresó a la vida política, como diputado,

<sup>16</sup> PLETCHER, 1973, p. 69.

en 1831, y desde su escaño se dedicó a denunciar la existencia de la esclavitud.<sup>17</sup> Al mismo tiempo, el norte y el sur se enfrascaron en una álgida polémica sobre la naturaleza de la Unión Americana, a través de los senadores Daniel Webster y Robert Y. Hayne, como resultado de la llamada teoría de la "Nulificación".

Jackson, retomó el proyecto de adquirir Texas. Para agosto de 1829 él y su primer secretario de Estado, Martin van Buren, instruyeron a Poinsett para que presentara una nueva oferta al gobierno mexicano;<sup>18</sup> estas instrucciones fueron reiteradas a Anthony Butler, a fines del mismo año,<sup>19</sup> y en 1835 fueron ampliadas para conseguir la venta de parte de California.<sup>20</sup> Más aún, Jackson trató de vincular estas adquisiciones territoriales al asunto de las reclamaciones,<sup>21</sup> e incluso en su mensaje al congreso de 1836, manifestó respecto a México que: "[...] las repetidas e infructuosas solicitudes de reparación [y] el disoluto carácter de algunos ultrajes [...] justificarían a los ojos de todas las naciones la inmediata declaración de guerra".<sup>22</sup>

Ciertamente, este enunciado ya contenía el principio del uso de la fuerza para obtener el territorio; además, sería conceptualmente un antecedente de los argumentos que usaría en 1846 James K. Polk, para justificar la guerra contra México.

No obstante, al producirse la separación de Texas, con las correspondientes ofertas de los texanos para anexarse a Estados Unidos, Jackson se tuvo que conformar con declarar la "neutralidad" de su país ante el conflicto y proporcionar ayuda encubierta a los rebeldes. Obviamente, en esta política estaban involucrados los problemas generados en el interior de Estados Unidos, producto de algunas de sus precipitadas decisiones, que produjeron antagonismos internos y una severa crisis económica. Su sucesor Martin

<sup>17</sup> CLAVEN, 1966, p. 191.

<sup>18</sup> PLETCHER, 1973, p. 69.

<sup>19</sup> GIBSON, 1973, p. 47.

<sup>20</sup> PLETCHER, 1973, p. 94.

<sup>21</sup> PLETCHER, 1973, pp. 56-57.

<sup>22</sup> PLETCHER, 1973, p. 57.

van Buren, a pesar de que como se ha visto compartía los intereses de su antecesor y mentor, tuvo que enfrentarse a los problemas generados por aquél, y conformarse con dar reconocimiento oficial a Texas.

Para entonces este estado se había convertido en tema de debate partidista y regional. En mayo de 1836, John C. Calhoun había declarado en el Senado que existían “poderosas razones por las que Texas debía ser parte [de la Unión]; los estados sureños, por su población de esclavos, [estaban] profundamente interesados en prevenir que ese país tuviera el poder de afectarlos”.<sup>23</sup> Pero John Quincy Adams, a raíz del debate por las llamadas “resoluciones de censura” contra el derecho de petición a favor de la abolición, denunció en la Cámara de Representantes todas las propuestas de anexión como un “designio proesclavista”.<sup>24</sup> Por su parte, Daniel Webster, en representación del Partido *Whig*, afirmó: “Es probable que Texas sea un país esclavista, y yo francamente confieso mi completa renuencia a llevar a cabo cualquier acción que extienda la esclavitud de la raza africana en este continente o añada otro estado esclavista a la Unión”.<sup>25</sup>

Los demócratas sureños, a su vez, reafirmaban su interés en Texas, incluso llegando al extremo de mencionar la posibilidad de una secesión. Al respecto es reveladora la carta que, en 1843, F. W. Pickens dirigió a Calhoun, en la que afirmaba:

Estoy completamente de acuerdo en la importancia del asunto de Texas en todos sus aspectos. Pienso que estamos comprometidos a sostener los argumentos más altos y decididos [...] si los estados no esclavistas se oponen a su admisión, con base a que fortalecerá los intereses esclavistas [...] debemos estar comprometidos con pundonor y autopreservación a anexar Texas con o sin la Unión.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> CLAVEN, 1966, p. 191.

<sup>24</sup> CLAVEN, 1966, p. 191.

<sup>25</sup> FORD RHODES, 1963, p. 10.

<sup>26</sup> CLAVEN, 1966, p. 190.

Bajo estas consideraciones, la dirigencia sureña, encabezada por el propio Calhoun, buscaría la oportunidad para llevar a cabo su proyecto. En octubre de 1841, la muerte del máximo dirigente del Partido *Whig*, William Henry Harrison permitió a John Tyler ocupar la presidencia. Éste, a pesar de pertenecer a ese partido, resultaba un tanto endeble por sus intereses sureños ya que era oriundo de Virginia. Así desde el inicio de su gestión simpatizó con la idea de la anexión de Texas, pero ésta fue postergada, tanto por el desacuerdo de la base de su partido como por el hecho de que estaban en proceso las negociaciones con Gran Bretaña sobre la frontera norte. Para 1842, al firmarse el Tratado Webster-Ashburton, que resolvió parte de las disputas fronterizas y otros asuntos pendientes entre Estados Unidos y Gran Bretaña, el camino quedó libre para satisfacer las demandas sureñas. En 1843 la reorganización del gabinete puso de manifiesto esta intención; Daniel Webster dejó el Departamento de Estado y fue sustituido a sugerencia de Calhoun por Abel P. Upshur, y un año después al fallecer este último, Calhoun fue nombrado secretario de Estado. Desde el nombramiento de Upshur se iniciaron las negociaciones de un tratado entre Texas y Estados Unidos para formalizar su anexión. El plan de inmediato adoptó un carácter regional, ya que Calhoun trató de justificarlo en términos casi exclusivos de los intereses sureños, ante lo cual el norte reaccionó al denunciar el tratado como una "conspiración esclavista".<sup>27</sup> No obstante, el tratado fue firmado el 12 de abril de 1844, pero su aprobación fue rechazada en el senado por el voto de 35 en contra y 16 a favor. La oposición provino fundamentalmente de los senadores del norte, pero también de algunos senadores sureños del Partido *Whig*.

A pesar de este escollo, el proyecto no se detendría. Después de todo, el problema había sido una estrecha justificación regionalista, en la que los intereses del norte y del oeste no habían sido considerados. Asimismo, el Tratado Webster-Ashburton, había dejado a un lado el asunto de la

<sup>27</sup> MERR, 1973, pp. 44 y ss.

ocupación de Oregon que tenía particular interés para los pioneros, y los intereses mercantiles del norte, y éstos eran parte de la coalición del Partido *Whig*. Así, si se encontraba una manera para vincular la anexión de Texas a estos dos intereses, se podría lograr no solamente la expansión del territorio, también se contaría con una causa nacional que ayudaría a superar las fracturas generadas por el regionalismo. Expandir el territorio consolidaría el federalismo y la Unión. Para este esfuerzo estaban mejor preparados los demócratas que los *Whigs*. Los primeros contaban con apoyos nacionales más amplios —granjeros en el oeste, hacendados en el sur y trabajadores en el norte; además, su concepción contractualista de la federación se podía reafirmar, así como su noción agraria de la democracia. Los segundos, por el contrario, contaban con bases más reducidas y pugnaban por la consolidación de un proyecto nacional basado en la conformación de un mercado doméstico y externo, ante el cual la expansión territorial, en ese momento, significaba un elemento disruptor y con posibles conflictos internacionales adversos.

En estas condiciones se presentó la campaña electoral de 1844. El presidente Tyler después del rechazo del Tratado de Anexión por parte del Senado, buscó la alternativa de que ésta se llevara a cabo por medio de una resolución conjunta de ambas cámaras legislativas, para lo cual era necesario sólo un voto mayoritario, más factible de obtener que el de dos tercios en el Senado, como requería el tratado. Para ello, el 11 de junio de 1844, envió a la Cámara de Representantes tanto el tratado como los documentos relativos a la negociación, y así se pudo iniciar esta otra alternativa. Entonces las maniobras intrapartidistas para designar candidatos a la presidencia ya estaban en marcha. Los posibles postulantes eran: John C. Calhoun y Martín van Buren, por el Partido Demócrata, y Henry Clay y Daniel Webster, por parte del *Whig*; a éstos se añadían John Tyler, como posible candidato demócrata o independiente. Por su parte, el Partido de la Libertad ya había nominado a James G. Birney como su candidato. De todos ellos sólo Calhoun y Tyler se habían pronunciado a favor de la anexión de

Texas. Birney, por supuesto, estaba en franca oposición a ésta. Las posibilidades de nominación de Calhoun eran muy remotas por la oposición contra él en el seno de su partido, mientras que Tyler y Birney tenían apoyos sumamente reducidos para alcanzar la presidencia, además que representaban posturas estrictamente seccionales. En consecuencia, los precandidatos más fuertes eran van Buren y Clay. Ambos, al parecer, habían llegado al acuerdo, desde 1842, de que no usarían el asunto de Texas como parte de sus campañas.<sup>28</sup> Lo cierto es que el 27 de abril de 1844, los dos se pronunciaron contra la "inmediata anexión de Texas", en sendas cartas publicadas por Clay en el *National Intelligencer*, y la de van Buren en el *Globe*, sólo cinco días después de que el tratado fuera rechazado en el Senado.

El 1º de mayo de 1844, la convención del Partido *Whig*, reunida en la ciudad de Baltimore, confirmó la candidatura de Henry Clay; con una plataforma en la que no se incluía la anexión de Texas. Por su parte, el Partido Demócrata, llevó a cabo su convención en la misma ciudad y después de nueve votaciones, nominó el 27 de mayo a James Knox Polk, con una plataforma en la que los puntos más relevantes eran: el expansionismo, la defensa de la esclavitud, la revisión de los aranceles, y la igualdad de derecho de todas las regiones.<sup>29</sup> En todos los sentidos esta plataforma trataba de satisfacer demandas de las tres regiones, pero en su propuesta expansionista fue donde las ganancias parecían ofrecer las mejores ventajas. Su oferta de "reanexar Texas" favorecía las demandas sureñas, y la de "reocupar Oregon" las del oeste y del norte. Con ello, los demócratas fijaron las bases del debate electoral. Henry Clay tuvo que enfrentarse a este problema, y en sus *Cartas de Alabama*, escritas en julio de 1844, pareció retractarse de lo que había sostenido en su anterior *Carta de Raleigh*, respecto a Texas.<sup>30</sup> Este cambio de postura le enajenó parte de sus apoyos en el norte, que ante la alternativa del Partido

<sup>28</sup> PLETCHER, 1973, pp. 139-140.

<sup>29</sup> APPELMAN WILLIAMS, 1971, vol. 1, p. 180.

<sup>30</sup> CLAVEN, 1966, p. 196.

de La Libertad, votarían por Birney. En el resultado final de las elecciones, Polk obtendría sólo 38 180 votos populares más que Clay, pero en el colegio electoral logró 65 más. La clave de la derrota de Clay estuvo en los comicios en Nueva York, ya que perdió los 36 votos electorales de ese estado, por sólo 5 080. La causa de este resultado fue el voto de los abolicionistas que originalmente apoyaban a Clay, pero ante su cambio de opinión sobre Texas, sufragaron a favor de Birney. El triunfo de Polk, a su vez, se explica por el artificio del avenimiento de los intereses regionales. El problema interno, y también para México, era que en ese momento, tanto la unidad del Partido Demócrata y de la misma Unión Americana dependían de completar el programa expansionista expuesto en la plataforma de Polk.

El resultado inmediato de la elección fue que el Poder Legislativo considerara más favorablemente el proyecto de anexión de Texas, ya que se pensó que el triunfo de Polk constituía un mandato nacional. El asunto, como se ha dicho antes, se encontraba para entonces sujeto a la decisión de ambas cámaras del Poder Legislativo, por medio del recurso de la Resolución Conjunta. El 2 de diciembre de 1844, el presidente Tyler urgió al Congreso a aprobar esa medida. La Cámara de Representantes consideró la propuesta casi de inmediato, y el 25 de enero de 1845 la aprobó por 120 votos a favor y 98 en contra. Esta votación tuvo un carácter tanto partidista como regionalista; sólo nueve *whigs* votaron a favor y éstos eran sureños; mientras que de los 31 votos contra los demócratas, con excepción de uno, correspondían, a los representantes de los estados del norte, todos los demás fueron de *whigs*. El Senado aprobó su versión un mes más tarde, aunque la votación en esta ocasión fue muy cerrada: 27 a favor y 25 en contra; la alineación partidista fue más clara y sólo un demócrata sureño votó en contra, mientras que dos *whigs* nortños votaron a favor.<sup>31</sup> Por supuesto que en esta votación estaba la expectativa de que se compensara la anexión de Texas con la otra propuesta expansionista.

<sup>31</sup> COLLINS, 1973, p. 69.

Al asumir la presidencia, Polk reafirmó su compromiso de "reanexar Texas y reocupar Oregon".<sup>32</sup> En ambos casos prometía una ganancia territorial equilibrada a las tres regiones, y esto significaba que no podía defraudar a ninguna de ellas sin poner en riesgo su base política, la cohesión de su partido y la existencia misma de la Unión.

En el caso de Texas el proceso había avanzado significativamente, pero aún se presentaban algunos problemas. El principal fue la elección en este estado de Anson Jones como su presidente, ya que éste se mostraba inclinado a negociar con México el reconocimiento y mantener a Texas como estado independiente. Para ello había aprovechado los buenos oficios del ministro británico Charles Elliot, quien entre abril y mayo estuvo involucrado en conducir las ofertas y contraofertas entre México y Texas. Ante la arriesgada posibilidad de que la anexión de Texas se viera frustrada, Polk envió allí a varios agentes especiales para que apoyaran el cabildeo del ministro Andrew Jackson Donelson, con el objeto de asegurar la aprobación sobre la legislatura texana de la resolución de anexión. El señuelo fundamental fue aceptar como legítima la dudosa reclamación texana, de que su territorio se extendía hasta el río Bravo, y a la vez instigar a su ocupación, comprometiéndose Estados Unidos a apoyarla.<sup>33</sup>

En lo que respecta a la reocupación de Oregon, Polk, aparentemente estaba dispuesto a mantener la demanda de los principales líderes demócratas de los estados del oeste, en el sentido de que todo el territorio, hasta el paralelo 54° 40' pertenecía a Estados Unidos. La prensa demócrata, incluso, acuñó un agresivo emblema en apoyo a esta supuesta defensa de Polk: "Fifty four, forty or fight". Sin embargo, ante los riesgos de llegar a un conflicto más serio con Gran Bretaña, se procedió con cautela y no fue sino hasta enero de 1846 que se introdujo en el Congreso un

<sup>32</sup> Polk, Inaugural address, 4 de marzo de 1845; James KNOX Polk, *Message to Congress*, 2 de diciembre de 1845, en APPELMAW WILLIAMS, 1971, pp. 180-181.

<sup>33</sup> STENBERG, 1963, p. 69.

proyecto de resolución conjunta que estipulaba la terminación de la ocupación británico-estadounidense del territorio. Entre enero y junio se llevaron a cabo negociaciones tanto en Londres como en Washington, en las que finalmente Estados Unidos aceptó la antigua oferta británica de extender la línea del paralelo 49° hasta la costa del Pacífico como frontera entre ambos países, dejando la totalidad de la isla de Vancouver en posesión británica.<sup>34</sup> Este avenimiento produjo las correspondientes divisiones regionales y partidistas. En la Cámara de Representantes una coalición de diputados del oeste y del norte, entre ellos John Quincy Adams, habían demandado la completa ocupación de Oregon.<sup>35</sup> Cuando el tratado fue firmado el 15 de junio de 1846 se le sometió a la aprobación del Senado; 14 senadores, en su mayoría del oeste votaron en contra, y los 41 votos a favor fueron el producto de una alianza entre demócratas y *whigs*, sureños y norteños. Entre éstos figuraron Webster y Calhoun;<sup>36</sup> el primero, consideraba muy arriesgado para los intereses del norte, un conflicto con Gran Bretaña y al segundo no le interesaba la adquisición de territorio que ampliara la zona de influencia antiesclavista.

Uno de los objetivos que motivaban extender al norte la línea fronteriza de Oregon, era que Estados Unidos contara con un puerto apropiado para ampliar sus contactos comerciales en el Pacífico. De ahí el apoyo de parte de los grupos comerciales del norte, que, obviamente, quedaron insatisfechos con la negociación final. No obstante, éstos podían ser compensados con alguna otra posesión territorial y ésta era California. De hecho, la vinculación entre aceptar la oferta británica en Oregon con la adquisición de al menos parte de California se había presentado desde 1842. Durante las negociaciones entre Webster y Ashburton, el primero, como secretario de Estado, sugirió que Estados Unidos estaría dispuesto a aceptar el río Columbia como límite en Oregon si Gran Bretaña persuadía a Mé-

<sup>34</sup> PLETCHER, 1973, pp. 236-253.

<sup>35</sup> PLETCHER, 1973, p. 329.

<sup>36</sup> JONES, 1988, p. 153.

xico en ceder San Francisco, o incluso el territorio completo de California, desde el paralelo 36° hasta el 42°. <sup>37</sup>

Tal vez no haya sido coincidencia que en ese mismo año ocurriera el incidente de la ocupación temporal del puerto de Monterrey por parte del comodoro Jones, ya que en 1846 las condiciones para apoderarse de ese territorio eran mejores. Por una parte, la población de Estados Unidos en California había aumentado con habitantes procedentes del oeste, con lo que se facilitó vincular los intereses agrarios del oeste y mercantiles del norte. Por la otra, tanto México como la provincia de California se encontraban inmersos en una crisis. El gobierno estadounidense desde mediados de 1845, posiblemente adelantando los resultados de la negociación con Gran Bretaña había enviado a California, a través del secretario de Guerra, a John Charles Fremont y nombrado a Thomas O. Larkin, su cónsul en Monterrey, como agente confidencial para inducir la anexión de California a Estados Unidos.

Durante la segunda mitad de 1845 y la primera de 1846, las promesas expansionistas de Polk se habían logrado parcialmente. En cuanto a lo que se refiere a Texas, se logró su anexión al ser ésta ratificada el 4 de julio de 1845, por una convención texana. Pero faltaba asegurar la posesión del territorio a lo largo de la ribera del río Bravo. Respecto a Oregon se procedía a aceptar la oferta británica y se daban los primeros pasos para compensarla con la adquisición de California. Por ello, en este lapso Polk se concentró en forzar a México a aceptar ambas condiciones, ya que en ello estaba comprometido su capital político. El primer arbitrio fue a través de una pretendida oferta de negociación, con la misión de John Slidell. La amañada acreditación de éste y su oferta de vincular el pago de indemnizaciones con la cesión tanto del territorio en disputa, en Texas, y la adquisición de Nuevo México y California —ideas que estaban tomadas de la estrategia jacksoniana— condujeron a que su misión resultara un fracaso. El único medio que le quedó a Polk para cumplir sus promesas fue la guerra de conquista contra México.

<sup>37</sup>PLETCHER, 1973, p. 100.

El 11 de mayo Polk envió al Congreso su mensaje para solicitar su autorización y declarar la guerra a México, basaba su argumento en que éste había invadido territorio de Estados Unidos. La Cámara de Representantes de inmediato consideró el asunto y el mismo día aprobó la medida con una votación de 174 votos a favor y sólo 14 en contra;<sup>38</sup> estos últimos fueron en su totalidad de parte de *whigs* y nortños, encabezados por John Quincy Adams. El resto de los diputados *whigs* votaron a favor teniendo en mente el antecedente de los federalistas que en 1812 se habían opuesto a la guerra, y lo habían pagado con su desacreditación política; pero la posibilidad de obtener California también estuvo presente.

En el Senado el debate fue más largo. John C. Calhoun demandó que el mensaje presidencial fuera analizado con mayor cuidado, Thomas Hart Benton solicitó que las comisiones de Asuntos Militares y de Relaciones Exteriores dieran su dictamen y John Davis coincidió con Calhoun en que se requería un examen más minucioso de los argumentos de Polk, particularmente sobre si el territorio, entre los ríos Nueces y Bravo, era legítimamente parte de Estados Unidos.<sup>39</sup> No obstante, el 13 de mayo fue aprobada la medida con una votación de 40 votos a favor y dos en contra; de nueva cuenta estos últimos fueron de dos senadores *whigs*: Thomas Clayton de Delaware y John Davis de Massachusetts. John C. Calhoun y otros dos senadores *whigs*, aunque presentes al momento de la votación se abstuvieron.

Los resultados de ambas votaciones evidenciaron el resurgimiento de un nacionalismo parecido al de 1812, pero como en aquellos años, esto no era otra cosa que una nueva forma de avenimiento regional, ya que además de ofrecer ventajas territoriales a las tres regiones, también se había llegado a un acuerdo parcial sobre el asunto de los aranceles, desde abril de ese año.<sup>40</sup>

<sup>38</sup> COLLINS, 1973, p. 70.

<sup>39</sup> *Congressional Globe*, 29th Congress, 1st. Session, p. 786.

<sup>40</sup> PLETCHER, 1973, p. 382.

A pesar de la inicial popularidad de la guerra, en el ámbito político no tardó en ser un tema de disensión. Los miembros del Partido *Whig*, especialmente los del norte, no tardaron en denunciar que la guerra carecía de sustentos legal y moral. Dentro del Partido Demócrata, John C. Calhoun, se convirtió en un severo crítico de Polk, sobre todo porque temía que la adquisición de territorio mexicano acabara debilitando la posición del sur dentro de la federación, como finalmente sucedería en la década siguiente.<sup>41</sup> En este sentido, el problema de la extensión de la esclavitud surgió casi de inmediato. En agosto de 1846, el representante demócrata David Wilmot de Pennsylvania, introdujo una enmienda al proyecto de ley para asignar fondos para la guerra; en ésta se establecía que no se podría extender la esclavitud al territorio que se obtuviera de México. A pesar de la oposición sureña, la enmienda se añadió al proyecto de ley y éste fue aprobado por la Cámara de Representantes;<sup>42</sup> pero esta versión no pudo ser considerada en el Senado por falta de tiempo. Mientras tanto, en las elecciones legislativas de 1846, el Partido *Whig* consiguió triunfos importantes en el norte, y esto le significó ser dominante en la Cámara de Representantes con un margen de 115-108; no obstante, en el Senado los demócratas mantuvieron el control. La guerra, sin duda, desempeñó un papel importante en el resultado de la elección de diputados, aunque también el tema de los aranceles contribuyó a ello.

En febrero de 1847, la Enmienda de Wilmot fue nuevamente propuesta al introducirse un proyecto de asignación de fondos para continuar la guerra, que sustituía al anterior. El debate en la Cámara de Representantes sobre la enmienda fue muy intenso, e incluso se llegó a escuchar alguna sugerencia secesionista, como la del representante Jacob Brinkerhoff de Ohio quien afirmó: “[...] si las armas y la sangre de esta nación van a ser usadas para propagar la esclavitud sobre tierra libre, ¿por qué no dejar que venga la disolución?”<sup>43</sup>

<sup>41</sup> VELASCO MÁRQUEZ, 1977, pp. 73-75.

<sup>42</sup> GOING, 1924, p. 101.

<sup>43</sup> *Congressional Globe*, 29th Congress, 2nd. Session, p. 377.

La votación se llevó a cabo el 15 de febrero de 1847 y la enmienda fue aprobada por 115 votos a favor y 106 en contra, con un abierto sesgo secesionista; la mayoría de los diputados del norte, sin importar filiación partidista votaron a favor, mientras que lo contrario sucedía en las delegaciones partidistas provenientes del sur. En el Senado, el debate se centró en la amenaza que significaba la guerra contra México a la Unión Americana y la enmienda fue rechazada por 31 votos en contra y 21 a favor. Nuevamente el regionalismo determinó este resultado. El rechazo por parte del Senado obligó a una reconsideración por parte de la Cámara de Representantes en donde finalmente fue rechazada la enmienda con una votación de 97 a favor y 102 en contra. Este giro en sentido contrario se debió a los temores levantados por la retórica regionalista y por los riesgos, ya evidentes, de polarizar a los partidos políticos. De hecho aunque la Enmienda Wilmot fue rechazada, esto no evitó la fragmentación de los partidos políticos y el resentimiento del sur.<sup>44</sup>

En 1847, a pesar de los triunfos militares del ejército estadounidense en la invasión de México, de la inicial popularidad de la guerra y la exaltación romántica en la imaginación popular, ésta era cuestionada en importantes sectores de la opinión pública,<sup>45</sup> produciendo efectos negativos en las alianzas políticas y los intereses regionales. El Partido *Whig* se dividió en dos facciones: los “*whigs* de conciencia”, para los que la expansión de la esclavitud era inaceptable, y los “conservadores” también llamados los “*whigs* del algodón”, los cuales estaban dispuestos a aceptar ciertas concesiones a las demandas del sur, en aras de mantener la cohesión del partido y entre los cuales se encontraban líderes de las tres regiones. En el seno del Partido Demócrata, los seguidores de la no extensión de la esclavitud se confrontaron con los demócratas sureños. Durante la 30a. Legislatura se empezaron a formar nuevas coaliciones políticas, que pronosticaban la radical regionalización de los

<sup>44</sup> COLLINS, 1973, pp. 73-74.

<sup>45</sup> MERK, 1970, p. 55.

partidos políticos. Los “*whigs* de conciencia” se aliaron a los demócratas antiesclavistas, y con ello se sentaron las bases para la conformación de un nuevo partido político, el de Tierras Libres. Por su parte, los *whigs* sureños y los conservadores del norte sumaban fuerzas con los demócratas sureños.<sup>46</sup> La pretensión de unidad producida a través de la expansión territorial y de exaltación nacionalista por medio de una guerra extranjera de conquista, empezaba a evidenciar la fragilidad de la Unión Americana.

El 27 de mayo de 1847, el diario *New York*, publicó un editorial titulado “Mexico Annexed to the United States”, con el cual se iniciaría una efímera, pero importante, controversia: “El Movimiento de Anexar todo México”, en apariencia fue una expresión más del impulso nacionalista-expansionista, pero en realidad respondía nuevamente al regionalismo y partidismo de Estados Unidos.

Algo que desconcertó a los dirigentes y a la opinión pública estadounidense fue que, a pesar de las derrotas militares y la invasión de su territorio, la resistencia mexicana se mantuviera firme contra los empeños estadounidenses. Por ello, primero la prensa y después algunos dirigentes, llegaron a proponer la anexión de todo México a la federación estadounidense. Ante esta posibilidad se volvieron a radicalizar las posiciones regionales y partidistas; sobre todo las primeras. En el sur, la propuesta fue recibida con franco rechazo. Anexar a todo México significaba apoyar a los antiesclavistas dada la posición frente a la esclavitud asumida por el pueblo y los diferentes gobiernos en México; a lo que se añadía un importante contenido de racismo, que consideraba que los pueblos no anglosajones eran inferiores e incapaces de entender un sistema republicano como el de la Unión Americana. En la Nueva Inglaterra, la propuesta fue percibida como un argumento más en favor de la extensión de los intereses sureños. Pero en las ciudades comerciales del Atlántico medio y del norte la proposición resultó atractiva, ya que para los intereses de éstas, anexar todo México significaba debilitar al sur como

<sup>46</sup> HAUN, 1973, pp. 84-85.

región políticamente importante al contrarrestar la fuerza de los estados esclavistas con población tradicionalmente opuesta a esa práctica, al tiempo que abría espacios para incrementar el mercado interno. El debate público, y en el recinto del Congreso, favorecieron aún más las escisiones regionales y partidistas generadas por la Enmienda Wilmot.

La ocupación de la ciudad de México por las fuerzas del general Scott en septiembre de 1847 fue un triunfo militar, pero una derrota diplomática. Si bien Estados Unidos había logrado sus objetivos de ocupar y conquistar el territorio, que Polk ofreció como panacea de unidad nacional y como la contribución de su partido político a ésta, no había conseguido legitimarlo y menos aún legalizarlo. En este punto la decisión de Nicholas Trist de avanzar la negociación con México, pese a que él mismo reconoció la injusticia de las demandas de su gobierno, vino a ser la salida al problema.<sup>47</sup> El mismo Polk, a pesar de haber desautorizado a Trist como negociador, no encontró otra alternativa que someter al Senado el resultado de la negociación de aquél; aunque para tratar de salvar su autoridad y prestigio lo hizo sin recomendar su aprobación. El Tratado de Guadalupe-Hidalgo fue aprobado por el Senado el 10 de marzo de 1848, por 38 votos a favor y 14 en contra, sin que en esta votación se manifestaran diferencias regionales o partidistas. Por una parte, la guerra contra México había generado ganancias territoriales evidentes y, por la otra, había causado ya suficientes daños a la estabilidad interna de Estados Unidos; en consecuencia, la alternativa no era otra.

Pero faltaba pagar el saldo del pírrico triunfo. Sin duda Estados Unidos expandió su territorio, pero arriesgando su precaria unidad nacional y este acto de temeridad acabó siendo muy costoso para su futuro, ya que a mediano plazo el efecto de la guerra fue dejar:

[...] tras sí mismas tensiones regionales que iniciaron el proceso que destruyó los antiguos lazos de la Unión, especialmente a los partidos políticos nacionales, y los reemplazó por

<sup>47</sup> DRENLER, 1991, pp. 119 y ss.

partidos regionales. En los feroces sucesivos conflictos que tuvieron lugar en torno a la organización de la cesión mexicana, el partido de Tierras Libres nació, la crisis de 1850 ocurrió y el Partido Republicano se prefiguró, el cual cuando triunfó, condujo a la secesión de los estados sureños.<sup>48</sup>

## REFERENCIAS

- APPELMAN WILLIAMS, William (comp.)  
 1971 *The Shaping of American Diplomacy. Readings and Documents in American Foreign Policy*. Chicago: Rand McNally & Company, vol. 1, p. 180.
- CLAVEN, Avery  
 1966 *The Coming of the Civil War*. Chicago: University of Chicago Press, p. 191.
- COLLINS, John R.  
 1973 "Sectionalism and Political Fragmentation", en FAULK y STOUT, p. 69.
- CHACE, James y Cabel CARR  
 1988 *America Invulnerable. The Quest for Absolute Security from 1812 to Sats Wars*. Nueva York: Summit Books, pp. 37-38.
- DANGERFIELD, George  
 1952 *The Era of Good Felings*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, Inc., pp. 55 y ss.
- DREXLER, Robert W.  
 1991 *Guilty of Making Peace. A biography of Nicholas Trist*. Lanham, Maryland: University Press of America, Inc.
- FAULK, Odie B. y Joseph A. STOUT  
 1973 *The Mexican War. Changing Interpretations*. Chicago: The Swallon Press.
- FORD RHODES, James  
 1963 *History of the United States from the Compromise of 1850*, en RUIZ, p. 10.

<sup>48</sup>MERK, 1970, p. 63.

## GIBSON, Joe

- 1973 "A Butler: What a Scamp", en FAULK y STOUT, p. 47.

## GOING, Charles B.

- 1924 *David Wilmot, Free Soiler*. Nueva York: Appleton and Co.

## HAUN, Cheryl

- 1973 "The Whig Abolitionist's Attitude", en FAULK y STOUT, pp. 84-85.

## HUNTINGTON, Samuel P.

- 1981 *American Politics. The promise of disharmony*. Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University.

## JACKSON TURNER, Frederick

- 1935 *The United States, 1830-1850*. Nueva York: W.W. Norton & Co.

## JONES, Howard

- 1988 *The Course of American Diplomacy*. Chicago: The Dorsey Press, vol. 1.

## KNOX POLK, James

- 1971 *Inaugural Adress*. 4 de marzo de 1845; James Knox Polk, *Message to Congress*, 2 de diciembre de 1845, en APPELMAN WILLIAMS, pp. 180-181.

## McCORMICK, Richard P.

- 1966 *The Second American Party System. Party Formation in the Jacksonian Era*. Nueva York: W.W. Norton and Co.

## MERK, Frederick

- 1970 "Dissent in the Mexican War", en MORRISON, MERK y FREIDEL, p. 55.
- 1973 *Slavery and the Annexation of Texas*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

## MILLER, John C.

- 1960 *The Federalist Era, 1789-1801*. Nueva York: Harper & Row Publishers.

## MORRISON, Samuel Eliot, Frederick MERK y Frank FREIDEL

- 1970 *Dissent in Three American Wars*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

PLETCHER, David M.

- 1973 *The Diplomacy of Annexation. Texas, Oregon and the Mexican War.* Columbia, Missouri: University of Missouri Press.

PRATT, Julius

- 1925 *Expansionists of 1812.* Nueva York: The Macmillan Company.

RUIZ, Eduardo Ramón (comp.)

- 1963 *The Mexican War. Was it Manifest Destiny?* Nueva York: Holt, Rinehart and Wiston.

SCHUMACHER, María Esther

- 1994 *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos.* México: Fondo de Cultura Económica.

SHURZ, Cari

- 1899 *American Statesmen, Henry Clay.* Boston: Houghton, Miffling and Company, vol. 1.

STENBERG, Richard R.

- 1963 "The failure of Polk's Mexican War Intrigue of 1845", en RUIZ, p. 69.

TOCQUEVILLE, Alexis de

- 1963 *La democracia en América Latina.* México: Fondo de Cultura Económica.

VÁZQUEZ, Josefina y Lorenzo MEYER

- 1989 *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-1988.* México: Fondo de Cultura Económica.

VELASCO MÁRQUEZ, Jesús

- 1977 "John C. Calhoun y el expansionismo estadounidense", en *Anuario de Historia.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, año IX, pp. 73-75.

VELASCO MÁRQUEZ, Jesús y Thomas BENJAMIN

- 1994 "La guerra entre México y los Estados Unidos", en SCHUMACHER, pp. 115-129.